

los á publicar los brutos partos de su capacidad, y que despues hablen. «Mas en tanto echen de ver que no me escondo tratándolos, sino que hablo de modo que de cualquiera pueda ser entendido.» ALARCON no se hizo de rogar, é introduciendo en la escena á un criado con nombre de Figueroa, respondió victoriosamente á todas las malicias.

Pero lo uno y lo otro requieren capitulo aparte.

CAPITULO XI.

Sacúdense Alarcon de las pullas y malicias de Figueroa.—Lope rostrituerto, y zaherido por el mexicano.—Recoge el guante D. Antonio de Mendoza, en defensa del Fénix de los ingenios.—El regidor Juan Fernández y su huerta famosa.—“Las Paredes oyen,” “La Prueba de las promesas” y “Mudarse por mejorarse.”

1617

«Las Indias para mí no sé qué tienen de malo (decia Figueroa), que hasta su nombre aborrezco. Los hombres, qué redundantes, qué abundosos de palabras, qué estrechos de ánimo, qué inciertos de crédito y fe; cuán rendidos al interres, al ahorro; siempre sospechosos, siempre retirados y montaraces! ¡Pues la presuncion es como quiera! Todos, sin ellos, ignoran; todos yerran, todos son inexpertos; fundando la verdadera sabiduria y la más fina agudeza solo en estar siempre en la malicia, en el engaño y doblez. ¡Notables sabandijas crían los límites antárticos y occidentales!» (352)

En otra parte retrata á un mexicano de per-

pétuo bonete y guantes, que viene á Madrid, más con el deseo de tratar hombres de buenas letras, que otras cualesquier pretensiones, no obstante tuviese muchos servicios en que fundarlas. Su mayor instancia consistió en que le introdujeran con los más famosos poetas y autores de libros que se hallasen en la corte. (353)

Nada de esto podría ir contra tejado conocido: á tantas personas sería entónces aplicable. Pero donde ya echa á un lado el maldiciente la careta es al verle firmarse DON JUAN; apropiándose este título honorífico del *don*, que ántes no usó en la décima puesta al frente del *Desengaño de Fortuna*, y hacer ostentacion del apellido *Mendoza*. Con ello entra en noticias, aunque embozadas, curiosísimas, respecto de la familia y situacion del poeta. «No suena á propósito el González (escribe aludiendo al vulgar sobrenombre de *Ruiz*), que, si bien de cristiano viejo, es apellido comun. Aunque en este particular fácil fuera prohibirse el más respetado y antiguo de Toledo, Manrique ó *Mendoza*, pues saben hacer semejantes emblecos *hasta los hijos de nadie, contrahechos y advenedizos*. Y gran ventura alcanzan los plebeyos, que introduciéndose á pícaros, iba á decir á caballeros, les cupo en suerte nombre abultado y sobrenombre campanudo: DON JUAN, D. Sancho, D. Alonso, etc. (—DON JUAN RUIZ

DE ALARCON.) Uno conocí, cuyo padre, siendo oficial de bien, un platero honrado (—el padre del escritor insigne cuidaba del laboreo de las reales minas y plata de Tasco), granjeó mediana hacienda; con que se le metió al hijo en el cuerpo este demonio que llaman Caballería. Vinole á pelo el nombre, de gentil sonido, aunque comun (—JUAN); y arrimóle una noche la primer primicia desta locura, y amaneció hecho un *Don*. Murió en este ínter el padre, cuya vida y oficio enfrenaba en alguna manera el apetito caballero del hijo; y aquí fué quitarse el mayorazgo del todo la máscara (—era el mayor de sus hermanos), abriendo su *casa para conversacion*, asistiendo en las ruedas, si no discreto *ni gentil-hombre*, por lo ménos *con traje y atavío de caballero*.» (354)

En fin, el párrafo en que retrata de cuerpo entero al dramático, dice de esta manera: «Importa excluir de públicos oficios á sugetos menores de marca, hombrecillos pequeños, sin que obste el brocardico del filósofo: *La virtud unida es más fuerte que la dilatada*. (—Lope de Vega le recordó tambien á RUIZ DE ALARCON este apotegma, en su *Laurel de Apolo*); puesto que es bien agudo el raton, y perece al primer rasguño de un gato. Si el chico, aunque bien formado y capaz, debe hallar repulsa en lo que desea, si

ha de representar autoridad con su persona, mucho mayor es justo la halle *el gimio en figura de hombre, el corcovado imprudente, el contrahecho ridiculo*, que, dejado de la mano de Dios, pretendiere alguna plaza ó puesto público. Es de reir ver los *polidetes y ataviados* como muñecas, hechos *matantes de las más hermosas*; aunque algunas los aborrecen sumamente, y no pocas casadas tienen asco de su compañía.» (355)

Llegar á Madrid el mexicano, y tropezar su triste figura en la envenenada lengua del atrabiliario Figueroa, fué un punto mismo. Tomó por su cuenta el Doctor al Licenciado; y no pudiéndose ya contener éste, hizo decir al estudiante Zamudio, en *La Cueva de Salamanca*:

DON DIEGO.

¡Que la corte sufra tal!

ZAMUDIO.

Pues esto ¿es mucho? Un letrado
Hay en ella, tan notado
Por tratante en decir mal,
Que en lugar de los rícelos,
Que dan las murmuraciones,
Sirven ya de informaciones
En abono sus libelos;
Y su enemiga fortuna
Tanto su mal solicita,
Que, por mas honras que quita,
Jamás le queda ninguna. (356)

¿Qué más deseaba el maldiciente sino que ALAR-

con se picase? Logrado este gusto, ya se creyó autorizado para sembrar de pullas contra el jobeta el libro de *El Pasajero*.

Cuando á fines de 1617 corrió del molde esta obra, excitando la curiosidad y el aplauso de los mordicantes, por ser fáciles de coger al vuelo sus cáusticas agresiones contra muertos y vivos, RUIZ DE ALARCON tenia en el telar dos comedias para la compañía de Vallejo, á saber, *La Prueba de las promesas* y *Mudarse por mejorarse*; y una en primer bosquejo, sacando á la vergüenza el torpe vicio de la murmuracion, poema de empeño, que se habia de nombrar *Las paredes oyen*. Pero escuchando á cada hora quien no era de cal y canto, nuevas de cómo se traducian y comentaban en el jardín de las Damas y en la huerta de Juan Fernández las malicias de *El Pasajero*, se decidió á concluir este drama lo antes posible, y en seguida los otros dos, que ya tocaban á su término, á fin de contestar en el teatro á las que más le escocian. (357)

Ninguna de las indicadas comedias tan á propósito como *Las Paredes oyen*, para combatir decidida y valientemente la maledicencia, ya nazca de viciosa costumbre, ya á impulsos de la soberbia y envidia, ya del atrevido descaro y deseo de gracejar, ya sea, finalmente, un ardid de guerra y como extremo recurso:

Por el mal medio condeno
 El buen fin: todo lo igualo;
 En que veréis que lo malo
 Aun para buen fin no es bueno. (358)

Al trazar y estudiar el admirable cuadro de *Las Paredes oyen*, tuvo por modelos el poeta al Conde de Villamediana, á D. Luis de Góngora y al Dr. Suárez de Figueroa. Cuidó con peregrino arte de presentar en el murmurador y maldiciente un sugeto noble, rico, de buen ingenio y de gallarda apariencia, á quien tan poderosas cualidades no libran de que por su mordacidad venga á perder el afecto y posesion de la mujer amada. Y enfrente de este símbolo de la maldicencia puso la figura de la modestia y comedimiento, de la tolerancia y discrecion, en un caballero tan falto de prendas físicas y bienes de fortuna como rico en virtudes, en quien se quiso retratar el poeta, y á quien, para vivo resalte de su intencion, dió el nombre de Don Juan de Mendoza; esto es, el propio suyo de pila y el tercer apellido, con que Figueroa tan aceradamente le punzaba. ¡Qué polvareda no debió de armar la sátira del Doctor, cuando ya no estuvo en arbitrio del Licenciado desahogar su pecho por boca de los interlocutores de esta comedia, aun cuando, segun su parecer:

Lo que siente el pensamiento
 No siempre se ha de explicar! (359)

Empeñándose Figueroa en hacer odiosa y repugnante para las mujeres la figura del jorobado, éste procuró advertirles, en preciosos versos, que no han de ver en el hombre la gentileza ó la hermosura, porque la gentileza del varon está en lo noble de su sangre, y la hermosura en su ciencia y entendimiento, quedando para las mujeres locas y necias prendarse de lo que salta á la vista, prontas á casarse con un asno con tal que sea de oro.

A los que hallan solaz y entretenimiento en las palabras del murmurador, recuerda:

Que cada cual entre sí
 Dice, oyendo al maldiciente:
 «Este, cuando yo me ausente,
 Lo mismo dirá de mí.»

No se cansa de aconsejar que

A toda ley hablar bien,
 Que á nadie jamás dañó. (360)

Y cuando se complace en no dejar hueso sano al hinchado murmurador, le trae á cuento los lances del juego de pelota, donde se la vuelven los unos á los otros; y si el jugador se rompe una pierna, y ve ufano y soberbio:

Al compás de su dolor
 Ir brincando la pelota,

no desespera de desquitarse algun dia:

Porque no hay gusto mayor
Que apalearse á un hinchado. (361)

Al escribir *Las Paredes oyen*, anunciando ALARCON toda clase de desdichas al maldiciente y hasta un desastroso fin, ¿cómo habia de soñar siquiera en que profetizaba, si no la de Figueroa, la misera suerte del Conde de Villamediana? ¡Ay, si para el escarmentar pudieran servir los ejemplos saludables que pone de bulto el apólogo! Pero el hombre no escarmienta sino en cabeza propia.

El desenlace de *Las Paredes oyen* se verifica en un jardín, por ventura el de las Damas, donde iban á solazarse las señoras, y donde el libro del maldiciente habia dado ocasion á no pequeños ni caritativos comentarios. (362)

Hizo por mucho tiempo esta excelente comedia las delicias del público madrileño; y, como nunca, se volvió á representar en los primeros años del reinado de Felipe IV. La célebre Amarilis (María de Córdoba) superó los deseos del escritor en el papel de D.^a Ana; y el maravilloso Damian Arias de Peñafiel y el discreto Bobadilla, encargados de las antitéticas y características figuras de D. Juan y D. Mendo, subieron de punto la ficcion dramática hasta confundirla con la más bella realidad. Arias tenia voz clara y prodigiosa memoria, accion sumamente

viva, movable rostro, feliz para expresar el comedimiento y la modestia; al extremo de que, representando la comedia de Lope y de Montalban, intitulada *La Tercera Orden de S. Francisco*, fué tal la uncion y gravedad con que Arias hizo el papel del Santo, que los espectadores creían tener delante una aparicion milagrosa. De sumo gusto fué para ALARCON ver retratada su alma en tan bella y poética figura como la de Damian Arias de Peñafiel. (363)

Un ejemplar manuscrito de *Las Paredes oyen*, que parece autógrafo del poeta, con el reparto de los cómicos y variantes muy curiosas, conserva la biblioteca del señor Duque de Osuna. De este documento precioso importa conocer la redondilla final, porque demuestra el acierto con que ALARCON retocaba sus obras. En el manuscrito que sirvió para el teatro, concluye la comedia diciendo:

Y pues que los daños ven
De los necios maldicientes,
Sacratísimos oyentes,
Desta comedia hablad bien.

Oportuno remate, en verdad, para el estreno; pero ¡cuánta mayor agudeza y más permanente aplicacion no ofrece la reforma hecha para la estampa!

Y pues este ejemplo ven,
Suplico á vuestras mercedes
Miren que oyen las paredes;
Y á toda ley hablar bien.

En *Las Paredes oyen* satiriza por vez primera nuestro moralizador Aristarco al Fénix de los ingenios; lo cual prueba que Lope, desabrido por los muchos favores que de las Musas lograba el jorobado, hacia corro ya con los émulos para maldecir de ALARCON y de sus obras. Sin embargo, no fué sazón bien elegida para el desquite aquella en que se sacaban á la vergüenza maldicientes y murmuradores.

Recuérdese en el tercer acto, escena sexta, el diálogo entre la criada Celia y D.^a Ana, su señora, enamorada ya de D. Juan:

CELIA.

¿Declarástele tu amor?

D.^a ANA.

¿Tan liviana me has hallado?
¿No basta haberle mostrado
Resplandores de favor?

CELIA.

¿Liviana dices, despues
De dos años que por tí
Ha andado fuera de sí!

Bien parece que no ves
Lo que en las comedias hacen
Las infantas de Leon.

D.^a ANA.

¿Cómo?

CELIA.

Con tal condicion
O con tal desdicha nacen,
Que en viendo un hombre, al momento
Le ruegan, y mudan traje,
Y sirviéndole de paje,
Van con las piernas al viento.

Era una de estas andantes doncellitas el alma de famosa comedia de Lope, que lleva por nombre *Los Donaires de Matico*, desde 1609 coleccionada y puesta al frente de todas las del incomparable dramaturgo. El cual indignóse con el desacato y audacia del jorobeta; y, tirando la piedra y escondiendo la mano, supo hacer que tambien en público teatro le diera oportuna leccion un jóven ilustre y con todos bienquisto, paraninfo de los predicadores, retrepado siempre en los coches de los grandes y títulos, conecedor de todas las damas de Madrid, asistente perpétuo á la comedia, calificador de los sermones entre los poetas, y de los dramas entre los oradores sagrados; consultor de los sonetos, embajador de la señoría de la discrecion en esta

corte, agente de la Puerta de Guadalajara, y Mercurio de las nuevas y sátiras de estos reinos. El hombre á quien así retrató Lope en una carta, llamábase D. Antonio Hurtado de Mendoza; y por su tacto cortesano, rostro afable y delicado porte, hizose lugar, y acertó á conservarle, en el regio alcázar, ganándose la pública denominacion de *el discreto de palacio*. (364)

Mendoza, con efecto, en su comedia de *Más merece quien más ama*, jornada segunda, escena tercera, buscó la forma de responder al audaz mexicano y matar dos pájaros de una pedrada, censurando de paso al maestro Tirso de Molina, afectuoso camarada de DON JUAN.

Para ello dispone que el principe Rosauero se decida á tomar el disfraz de cazador, y así poder servir á la princesa Fidelinda; pero el criado Buron rechaza semejante vestido, oponiendo que la ley de los disfraces exige el de jardinero. Y, puestos los ojos en el fraile de la Merced, forja en relacion el argumento de un drama, donde el principe con este traje, de rigor en las comedias, ha de presentarse dentro del jardin y ser visto de la Infanta, la cual se enamora de él sin remedio, y sabe que es amada, descubriéndoselo el galan por los nombres de las flores de un ramillete. Resuelta la ilustre dama en adorar al encubierto amante, le citará para hablarle por la pared

del jazmin; el principe mostrará desconfianza cortés,

Y amaneciendo despues
Cualque principe de Tracia,
Se irá contigo al momento;
Y acabará en la montaña
El rio de la maraña
En el mar del casamiento.

ROSAURO.

Culpa ahora muy despacio
Las comedias en que tantas
Mal ofendidas infantas,
Sin decoro, de palacio
Se huyen cada momento,
Siendo el palacio un sagrado
Adonde no entra el cuidado
Ni se atreve el pensamiento.

BURON.

Un poeta celebrado
Y en todo el mundo excelente,
Viéndose ordinariamente
De otro ingenio murmurado
De que, siguiendo á un galan,
En traje de hombre vestia
Tanta infanta cada dia,
Le dijo: «SEÑOR DON JUAN,
Si vuesaaced satisfecho
De mis comedias murmura,
Cuando con gloria y ventura
Nuevecientas haya hecho,

Verá que es cosa de risa
 El arte; y sordo á su nombre,
 Las sacará en traje de hombre,
 Y aun otro dia en camisa.
 Dar gusto al pueblo es lo justo:
 Que allí es necio el que imagina
 Que nadie busca doctrina,
 Sino desenfado y gusto.»

ROSAURO.

En sus comedias contemplo
 Que las celebran y admiran
 Cuantos juntamente miran
 Al deleite y al ejemplo.

Paréceme que no debió representarse ántes del año de 1619 esta fábula de Mendoza, supuesto que en la *Oncena parte* de las comedias de Lope, sacada á luz en 1618, el Teatro (que hace el prólogo) se apresura á decir á los lectores, que llegaban ya al número de ochocientas las comedias del monstruo de la naturaleza; y hasta la *Parte catorce*, dispuesta para la estampa en 1619, no se arrojó á decir el autor, en la dedicatoria de *El verdadero Amante*: «Yo he escrito nuevecientas comedias.»

Bien merecia respeto quien llenó el mundo de tantas comedias propias, felices y bien razonadas: tantas, que en el año de 1615 (segun testimonio de Cervántes) pasaban de diez mil pliegos los que

tenia escritos, y todas las habia visto representar ú oido decir que se habian representado.

Firme ALARCON en su parecer, y no nada arrepentido, al rehacer su comedia de *El Desdichado en fingir*, y darle nuevo título en el de *Quién engaña más á quién*, volvió, algunos años despues, á morder á Lope, intercalando en la escena sexta del acto segundo la misma alusion en *Las Paredes oyen*, y casi con las mismas palabras.

No hizo, pues, caso alguno de la advertencia de Mendoza, el cortesano; y se preparó tan solo á no perder la ocasion de las otras dos comedias, que dijimos hallarse en el telar, para responder por sus puntos á Figueroa.

De no pequeño momento era ya para RUIZ DE ALARCON dejar en claro, cuanto ántes, por qué «arrimó á su nombre, una noche, la primer primicia de su locura,» y teniendo costumbre de firmarse JUAN, se puso desde allí DON JUAN:

¡Remoqueticos al don!
 Huélgome, por vida mia.
 Mas, escúchame, Lucía;
 Que he de darte una lición
 Para que puedas saber,
 Si á murmurar te dispones,
 De los pegadizos dones
 La regla que has de tener.